

«YO SOY LA LUZ DEL MUNDO»

Jesús habló de nuevo diciendo: «Yo soy la luz del mundo; el que me sigue no camina en tinieblas, sino que tendrá la luz de la vida» (Jn 8, 12)

Jesús contestó: «Ni este pecó ni sus padres, sino para que se manifiesten en él las obras de Dios. Mientras es de día tengo que hacer las obras del que me ha enviado: viene la noche y nadie podrá hacerlas. Mientras estoy en el mundo, son la luz del mundo». (Jn 9, 3-4)

INTRODUCCIÓN

Al iniciar estas reflexiones es importante interrogarnos sobre cómo miramos el mundo. Los llamados «profetas de calamidades» no ven más que las sombras que invaden nuestra historia. Su mirada es superficial y moralizante, pues no ven más que la apariencia y la negatividad. Luego está la mirada de los «profetas soñadores», los cuales buscan hacerse aceptar por lo correcto cultural y políticamente. Su mirada es interesada y falaz, ya que tratan de congraciarse con el pueblo. Distinta es la mirada de los verdaderos «profetas de la esperanza». Denuncian con realismo las sombras y anuncian la esperanza, cuya fuente se halla en el Dios de la alianza. Ni son pesimistas, ni alagan al pueblo, a quien urgen a la conversión. Ellos ven la historia en la luz de la palabra de Dios; y así avanzan con confianza y realismo en medio de las luces y sombras que envuelven la historia de la humanidad.

Hoy para muchos la luz del Evangelio, que la Iglesia está llamada a irradiar en el mundo, aparece como oscurecida. Pero la luz existe, aun cuando los ciegos no la vean o pretendan negarla. Más todavía, hoy, como en otros momentos, no faltan quienes tienen las tinieblas por luz y la luz por tinieblas. El profeta Isaías gritaba al pueblo elegido: «¡Ay de los que llaman bien al mal y mal al bien, que tienen las tinieblas por luz y la luz por tinieblas, que tienen lo amargo por dulce y lo dulce por amargo!» (Is 5, 20) Pero un poco más adelante, estimulará la esperanza del pueblo con estas palabras: «El pueblo que caminaba en tinieblas vio una luz grande; habitaba en tierra de sombras de muerte, y una luz les brilló» (9, 1) Por ello anunciaba: «Aquel día, oirán los sordos las palabras del libro; sin tinieblas ni oscuridad verán los ojos de los ciegos. Los oprimidos volverán a alegrarse en el Señor, y los pobres se llenarán de júbilo en el Santo de Israel» (29, 18-19)

Desde la expulsión de paraíso (no olvidemos el lenguaje simbólico, pues es más rico que el conceptual), la historia de la humanidad tiene una impronta dramática, rozando en algunos momentos la tragedia. Caminar entre luces y sombras forma parte de la condición humana en la que se mueve el hombre caído. En cada uno de nosotros, las luces y las sombras conviven juntas.

Es cierto que hay momentos de la historia en que las luces prevalecen sobre las tinieblas y, en otros, las tinieblas sobre las luces. En estos momentos hay luces importantes en lo que se refiere a los avances tecnológicos, la salud y años de vida, y un largo etc. Pero también es cierto que el vacío y un cierto caos parece erosionar a las personas, creciendo así una cierta insatisfacción, cansancio y depresión, como apuntan algunos filósofos. Es como si las luces exteriores brillasen, mientras que sobre la interioridad de las personas ganasen terreno las tinieblas. Las luces exteriores se muestran como incapaces de alumbrar el

interior: la superficialidad prevalece sobre la hondura en la que la persona encuentra su verdadera alegría y plenitud. Las apariencias y la falacia en sus diversas versiones, estamos en la cultura de la imagen, parecen prevalecer sobre la verdad y la sencillez, únicas que pueden ofrecer al mundo la verdadera luz interior, desde la cual puede ser iluminado el exterior.

Si el corazón y el ojo del ser humano, no se abren a la luz, la tiniebla sea apodera de las personas, culturas y pueblos. De los corazones ensombrecidos brotan las intenciones perversas (cf. Mt 15, 10-20). Del ojo sano, esto es, de la mirada sana recibe luz el cuerpo entero, de otra forma la oscuridad permanece en él.

La lámpara del cuerpo es el ojo. Si tu ojo está sano, tu cuerpo entero tendrá luz; pero si tu ojo está enfermo, tu cuerpo entero estará a oscuras. Si, pues, la luz que hay en ti está oscura, ¡cuánta será la oscuridad! (Mt 16, 22-23)

No podemos olvidar, por otra parte, la advertencia que hacía Jesús a los fariseos que creían ver y seguían rechazando la luz en su fuente.

Dijo Jesús: «Para un juicio he venido yo a este mundo: para que los que no ven, vean, y los que ven, se queden ciegos». Los fariseos que estaban con él oyeron esto y le preguntaron: «¿También nosotros estamos ciegos?». Jesús les contestó: «Si estuvierais ciegos, no tendríais pecado; pero como decís “vemos”, vuestro pecado permanece. (Jn 9, 39-41)

Esta meditación quiere ser una invitación a acoger la luz de Cristo e irradiarla en los lugares y ambientes en los que nos movemos; y esto como personas y comunidad carismática. Haré un breve recorrido por la Escritura, para centrar luego la contemplación en Jesús luz del mundo. Luego, en la última parte, escucharemos la llamada a ser «hijos de la luz», con sencillez y humildad, en la sociedad y la comunidad eclesial en que nos encontramos.

1.- LUZ Y TINIEBLAS EN LA PERSPECTIVA BÍBLICA

La primera página de la Escritura se abre con estas palabras, en las que conviene detenerse un poco, pues nos dan la clave para ahondar en Jesús luz del mundo.

Al principio creó Dios el cielo y la tierra. La tierra estaba informe y vacía; la tiniebla cubría la superficie del abismo, mientras el espíritu de Dios se cernía sobre la faz de las aguas. Dijo Dios: «Exista la luz». Y la luz existió. Vio Dios que la luz era buena. Y separó Dios la luz de la tiniebla. Llamó Dios a la luz «día» y a la tiniebla llamó «noche». Pasó una tarde, pasó una mañana: el día primero. (Gen 1, 1-4)

El caos y la tiniebla no vienen de Dios. Él crea la luz y su acto creador se consuma al separar la luz de la tiniebla. Sólo en el cuarto día crea las lumbreras «para regir el día y la noche y separar la luz de la tiniebla» (Gen 1, 14-19).

Según los estudiosos de la Biblia, esta primera página de la Biblia se escribió para el culto litúrgico, en o tras la prueba del Exilio. Su finalidad era sostener la esperanza del pueblo en medio de la tiniebla que le invadía, pues se hallaba a punto de ser aniquilado. En medio de los idolatras y opresores, la fe de Israel afirmaba: Dios, por la palabra, creó «la luz» y la separó de las tinieblas. El sol y la luna eran criaturas suyas; y no dioses, como creían los paganos. Nada estaba fuera de su poder. Dios era la fuente de la luz y, por tanto, la fe y la esperanza del pueblo se apoyaban en la palabra creadora y no en las criaturas. En efecto,

la separación entre la luz y la tiniebla expresa el poder del «dabar creador» sobre ellas, esto es de su palabra que es a un tiempo palabra y acción creadora y recreadora.

El último libro de la Biblia, el Apocalipsis se cierra con la visión de la Jerusalén que desciende del cielo, que viene de Dios. En ella ya no hay santuario ni sus moradores necesitan ni del sol ni la luna, pues la ilumina la gloria del Señor y la lámpara del Cordero.

Y en ella no vi santuario, pues el Señor, Dios todopoderoso, es su santuario, y también el Cordero. Y la ciudad no necesita del sol ni de la luna que la alumbró, pues la gloria del Señor la ilumina, y su lámpara es el Cordero. Y las naciones caminarán a su luz, y los reyes de la tierra traerán su gloria hasta ella; sus puertas no cerrarán, pues allí no habrá noche, y llevarán hasta ella la gloria y el honor de las naciones. Y no entrará en ella nada profano, ni el que comete abominación y mentira, sino solo los inscritos en el libro de la vida del Cordero. (Ap 21, 22-27)

Los hombres ya no necesitan de las criaturas y mediaciones, pues el Dios todopoderoso y el Cordero los colman con su presencia. La liturgia terrestre es como un anticipo de la liturgia celeste, esto es, de la liturgia consumada plenamente.

Pero de la primera página de la Biblia al culto celeste recorre la experiencia de la fe del pueblo de la alianza en la que podemos detenernos unos momentos antes de adentrarnos en el centro de nuestra meditación: «Yo soy la luz del mundo; el que me sigue no camina en tinieblas, sino que tendrá la luz de la vida».

La experiencia del Éxodo marcó para siempre la fe de Israel. La liberación de la esclavitud fue como un alumbramiento del pueblo sumido en las tinieblas de la opresión. Crear la luz es engendrar la vida. «Venir a la luz» es venir a la vida en libertad. El que no ve la luz está privado de la vida. Caminar en presencia de Dios es caminar en la luz de la vida (cf. Sal 56 (55), 14). En la novena plaga, Egipto se hundió en las tinieblas, pero Israel goza de la luz:

El Señor dijo a Moisés: «Extiende tu mano hacia el cielo, y haya tinieblas sobre la tierra de Egipto, una oscuridad palpable». Moisés extendió su mano hacia el cielo y una densa oscuridad cubrió la tierra de Egipto durante tres días. No se veían unos a otros ni se movieron de su sitio durante tres días, mientras que todos los hijos de Israel tenían luz en sus poblados. (Ex 10, 21-23)

Dios conduce al pueblo hacia la libertad con nube luminosa, la cual, por otra parte, se torna tenebrosa para impedir que el opresor vuelva a someter al pueblo. El pueblo camina hacia la libertad guiado por la luz divina. Dios es luz, como enseña la primera carta de Juan: «Dios es luz y en él no hay tiniebla alguna» (1Jn 1, 5); pero la luz se hace tiniebla para quien se empeña en oponerse a ella. Es muy sugestivo y gozoso meditar en estos textos del libro del Éxodo:

El Señor caminaba delante de los israelitas: de día, en una columna de nubes, para guiarlos por el camino; y de noche, en una columna de fuego, para alumbrarlos; para que pudieran caminar día y noche. No se apartaba de delante del pueblo ni la columna de nube, de día, ni la columna de fuego, de noche. (Ex 13, 21-22)

Se puso en marcha el ángel del Señor, que iba al frente del ejército de Israel, y pasó a retaguardia. También la columna de nube, que iba delante de ellos, se desplazó y se colocó detrás, poniéndose entre el campamento de los egipcios y el campamento de Israel. La nube era tenebrosa y transcurrió toda la noche sin que los ejércitos pudieran aproximarse el uno al otro. (14, 19-20)

Dios se envuelve en el manto de la luz y hace posible el camino de la libertad. Así revela su cercanía y solicitud, pero también preserva su trascendencia. La luz del Señor se hace presente en la Tora, que es lámpara para el camino (Sal 119, 105). Ella contiene la sabiduría divina; pero su luz puede convertirse en tiniebla, cuando se la ignora, utiliza o absolutiza, si no es vivida como un verdadero don de Dios. Tal es la denuncia de los profetas y del apóstol Pablo. Pero antes de pasar adelante, releamos un sueño:

El año segundo del reinado de Asuero el Grande, el día primero de nisán, Mardoqueo, hijo de Yair, hijo de Semei, hijo de Quis, de la tribu de Benjamín, tuvo un sueño. Este judío, residente en la ciudad de Susa, hombre ilustre que servía en el palacio real, era uno de los deportados que Nabucodonosor, rey de Babilonia, había llevado al destierro desde Jerusalén con Jeconías, rey de Judá. Este fue su sueño. Gritos y tumultos, truenos y terremotos, confusión en la tierra. Entonces aparecieron dos grandes dragones, dispuestos para el combate. Lanzaron un rugido, y todos los pueblos, al oírlo, se prepararon para luchar y para combatir al pueblo de los justos. Fue un día de oscuridad y tinieblas, de tribulación y angustia, de quebranto y de gran confusión en la tierra. Todo el pueblo de los justos se aterrorizó: temía la propia ruina y se preparó para morir. Pero clamaron a Dios. En respuesta a su clamor, de una pequeña fuente nació un río caudaloso, enorme. Apareció una luz y salió el sol; los oprimidos se alzaron y devoraron a los grandes. (Jdt 1, 1-11)

La luz, en el Antiguo Testamento, es criatura de Dios, como lo es el sol y la luna, que alumbran el día y la noche. Pues bien, a través de la imagen de la luz y las tinieblas, los profetas llaman a la conversión, esto es, a caminar de acuerdo con la sabiduría de Dios, plasmada en la ley de la alianza. El profeta Baruc, en el himno a la sabiduría, por dar un ejemplo, invitaba al pueblo de Israel a la conversión en estos términos:

Después [la Sabiduría] apareció en el mundo | y vivió en medio de los hombres. Es el libro de los mandatos de Dios, | la ley de validez eterna: | los que la guarden vivirán; | los que la abandonen morirán. Vuélvete, Jacob, a recibirla, | camina al resplandor de su luz; no entregues a otros tu gloria, | ni tu dignidad a un pueblo extranjero. ¡Dichosos nosotros, Israel, | que conocemos lo que agrada al Señor! (Bar 3, 24-4, 4)

El pueblo está llamado a volver a luz y abandonar la tinieblas, aun cuando estas estén también bajo el control del Creador del universo y de Israel. Tanto Nabucodonosor que sumergió al pueblo elegido en la tiniebla del destierro, como Ciro que alumbró de nuevo la esperanza de Israel son instrumentos del único Dios: «Yo soy el Señor y no hay otro, el que forma la luz y crea las tinieblas; yo construyo la paz y creo la desgracia. Yo, el Señor, realizo todo esto» (Is 45, 6-7) Pero, por otra parte, el pueblo debe caminar en la justicia, pues de otra forma, si se olvida la experiencia de Egipto y del Exilio la tiniebla volverá a apoderarse de él (cf. Is 48, 9-10; 59, 9-10)

La luz, en el Antiguo Testamento, tiene un valor simbólico, es un reflejo de la gloria de Dios. Él es la luz radiante. Su presencia ilumina y hace posible el camino de la libertad; pero también se convierte en juicio para aquellos que no obran la verdad (cf. Is 13, 9-10), como luego se nos dice en el evangelio según san Juan.

Para cerrar este pequeño recorrido por las relecturas incesantes de la experiencia de la historia de Dios con Israel, bajo el simbolismo de la luz, me limito a recordar cómo hará Dios a su siervo luz de las naciones:

«Yo, el Señor, | te he llamado en mi justicia, | te cogí de la mano, te formé | e hice de ti alianza de un pueblo | y luz de las naciones, para que abras los ojos de los ciegos, | saques a los cautivos de la cárcel, | de la prisión a los que habitan en tinieblas. Yo soy el Señor,

este es mi nombre; | no cedo mi gloria a ningún otro, | ni mi honor a los ídolos. Lo antiguo ya ha sucedido, | y algo nuevo yo anuncio, | antes de que brote os lo hago oír». (Is 42, 6-9) Y mi Dios era mi fuerza: «Es poco que seas mi siervo | para restablecer las tribus de Jacob | y traer de vuelta a los supervivientes de Israel. | Te hago luz de las naciones, | para que mi salvación alcance hasta el confín de la tierra». (49, 6) Por los trabajos de su alma verá la luz, | el justo se saciará de conocimiento. | Mi siervo justificará a muchos, | porque cargó con los crímenes de ellos. (53, 11)

2.- JESUCRISTO LA LUZ DEL MUNDO

El evangelista Juan pone en labios de Jesús, hasta en dos ocasiones, esta afirmación: «Yo soy la luz del mundo». En el prólogo, afirma el evangelista del Verbo, que se hizo hombre:

En el principio existía el Verbo, y el Verbo estaba junto a Dios, y el Verbo era Dios. Él estaba en el principio junto a Dios. Por medio de él se hizo todo, y sin él no se hizo nada de cuanto se ha hecho. En él estaba la vida, y la vida era la luz de los hombres. Y la luz brilla en la tiniebla, y la tiniebla no lo recibió. Surgió un hombre enviado por Dios, que se llamaba Juan: este venía como testigo, para dar testimonio de la luz, para que todos creyeran por medio de él. No era él la luz, sino el que daba testimonio de la luz. El Verbo era la luz verdadera, que alumbra a todo hombre, viniendo al mundo. En el mundo estaba; | el mundo se hizo por medio de él, y el mundo no lo conoció. Vino a su casa, y los suyos no lo recibieron. (Jn 1, 1-11)

El evangelista Mateo, citando profeta Isaías, presenta el inicio de la misión pública de Jesús en estos términos:

Al enterarse Jesús de que habían arrestado a Juan se retiró a Galilea. Dejando Nazaret se estableció en Cafarnaún, junto al mar, en el territorio de Zabulón y Neftalí, para que se cumpliera lo dicho por medio del profeta Isaías: «Tierra de Zabulón y tierra de Neftalí, camino del mar, al otro lado del Jordán, Galilea de los gentiles. El pueblo que habitaba en tinieblas vio una luz grande; a los que habitaban en tierra y sombras de muerte, una luz les brilló». Desde entonces comenzó Jesús a predicar diciendo: «Convertíos, porque está cerca el reino de los cielos». (Mt 4, 12-17; Is 8, 23-9, 1)

Y para una mejor comprensión de la afirmación de Jesús, conviene también recordarla última parte del discurso de Jesús después de su encuentro con Nicodemo, «maestro en Israel»:

Nadie ha subido al cielo sino el que bajó del cielo, el Hijo del hombre. Lo mismo que Moisés elevó la serpiente en el desierto, así tiene que ser elevado el Hijo del hombre, para que todo el que cree en él tenga vida eterna. Porque tanto amó Dios al mundo, que entregó a su Unigénito, para que todo el que cree en él no perezca, sino que tenga vida eterna. Porque Dios no envió a su Hijo al mundo para juzgar al mundo, sino para que el mundo se salve por él. El que cree en él no será juzgado; el que no cree ya está juzgado, porque no ha creído en el nombre del Unigénito de Dios. Este es el juicio: que la luz vino al mundo, y los hombres prefirieron la tiniebla a la luz, porque sus obras eran malas. Pues todo el que obra el mal detesta la luz, y no se acerca a la luz, para no verse acusado por sus obras. En cambio, el que obra la verdad se acerca a la luz, para que se vea que sus obras están hechas según Dios». (Jn 3, 13-21)

La luz ha venido al mundo enviada por Dios. Y esa luz, reflejo del amor divino, ofrece la salvación para cuantos la acogen en la fe; pero también se convierte en juicio para los que la rechazan. Nunca podemos olvidar esta doble perspectiva. Dios ofrece la vida, pero es necesario recibirla y caminar de acuerdo con la luz. Pero volvamos ahora a la afirmación de Jesús: «Yo soy la luz del mundo».

2.1.- El contexto en que Jesús se afirma como luz del mundo

Jesús se halla en el Templo, en la fiesta de la luz. Las autoridades ya habían decidido detenerlo y darle muerte, pero como dice el evangelista no había llegado todavía su hora. Anuncia en el Templo su partida e invita a venir a él, fuente de aguas vivas. «El último día, el más solemne de la fiesta, Jesús en pie gritó: “El que tenga sed, que venga a mí y beba el que cree en mí; como dice la Escritura: *de sus entrañas manaran ríos de agua*”». Y añade el evangelista: «Dijo esto refiriéndose al Espíritu, que habían de recibir los que creyeran en él. Todavía no se había dado el Espíritu, porque Jesús no había sido glorificado». (Jn 7, 37-39)

Jesús se retira y a la mañana siguiente vuelve al Templo, a pesar que sobre él pesa la orden, como diríamos hoy, de búsqueda y captura. El relato de la adúltera, en que Jesús aparece solo ante los acusadores y la acusada, muestra que Jesús viene a iluminar las tinieblas de unos y otros, también las tinieblas de la adúltera. Él no está por la muerte, pues ha venido para dar vida. Ofrece a todos la posibilidad de la conversión. Ezequiel había recordado que Dios no quiere la muerte del pecador, sino su conversión.

En el Templo, «Jesús les habló de nuevo diciendo: Yo soy la luz del mundo; el que me sigue no camina en tinieblas, sino que tendrá la luz de la vida». La afirmación de Jesús provoca una reacción airada en sus oyentes, que le acusan de darse testimonio a sí mismo; pero él les responde diciendo que en él es el Padre quien da testimonio. El debate concluye con la reacción violenta aun de los judíos que habían creído en él: «Entonces cogieron piedras para tirárselas, pero Jesús se escondió y salió del Templo» (Jn 8, 9) La conclusión es muy significativa y simbólica. El profeta Ezequiel anunció que la gloria de Dios había abandonado el Templo y la ciudad, ya que antes había sido abandonado Dios por el pueblo (cf. Ez 10, 18-22; 11, 22-25). La incredulidad hace que los hombres caminen en las tinieblas, aun cuando en apariencia sean muy religiosos. Esta es una gran cuestión para todos nosotros. Con alguna frecuencia preferimos las tinieblas, esto es, nuestras ideas y seguridades, caminar en la luz de la vida. La luz no viene del Templo, sino de la Palabra de Dios, del Logos de la cruz.

El marco de la segunda afirmación de Jesús no es ya el templo, sino el camino. Jesús pasa y ve a un ciego de nacimiento y pobre. Los discípulos le plantean una cuestión propia de la cultura religiosa popular: «Maestro, ¿quién pecó: este o sus padres, para que naciera ciego?» Jesús descalifica esa forma de ver la realidad y se afirma de nuevo como la luz del mundo. Ahora bien, conviene detenerse en la su respuesta, pues Jesús proclama haber venido al mundo para manifestar «las obras del Padre» que lo ha enviado; y es así, en la dependencia del que lo ha enviado, como Jesús es la luz del mundo mientras permanece en medio de los hombres, esto es, haciendo las obras del Padre (cf. Jn 5, 17).

Jesús contestó: «Ni este pecó ni sus padres, sino para que se manifiesten en él las obras de Dios. Mientras es de día tengo que hacer las obras del que me ha enviado: viene la noche y nadie podrá hacerlas. Mientras estoy en el mundo, soy la luz del mundo». (Jn 9, 1-4)

Jesús cura al ciego y desaparece de la escena, aun cuando toda ella sigue girando en torno a él. Luego, una vez que el ciego, ya vidente, es expulsado de la sinagoga, Jesús va a su encuentro para iluminar su corazón y darse a conocer como la verdadera luz. El ciego cree y se postra ante él. Jesús es la luz de la vida del hombre. La gloria de Dios es el hombre viviente, dijo san Ireneo.

2.2.- Luz y seguimiento de Jesús en Jn 8, 12

Jesús, conviene notarlo y meditarlo, no se presenta como testigo de la luz, como lo hiciera Juan Bautista, ni como un simple profeta o maestro. Dice ser la luz del mundo. Más todavía, para no caminar en las tinieblas es preciso seguirlo: quien lo siga poseerá la luz de la vida, esto es, la luz que viene de Dios y engendra para la vida. No estamos ante una cuestión intelectual, sino personal y vital. Jesús es la luz personal y quien quiera tener la luz de la vida debe seguirlo. No basta, por tanto, vivir unas ideas o unos valores para estar y poseer la luz de la vida, es preciso entrar en comunión de vida y destino con la luz, con Jesús.

Ante esta afirmación de Jesús de Nazaret, la reacción de los oyentes es razonable, entre comillas. Por eso le acusan de darse testimonio a sí mismo y, por tanto, que su testimonio no es verdadero. Jesús reacciona ante la objeción y les explica porqué su testimonio debe ser acogido, pues en él es el Padre quien da realmente testimonio junto con él. Jesús afirma así la unidad con el Padre, de modo que son *dos en uno*. Pero sus oyente ni conocen a Jesús ni conocen al Padre. Ante esta afirmación tan atrevida, el evangelista comenta: «Jesús tuvo esta conversación junto al arca de las ofrendas, cuando enseñaba en el templo. Y nadie le echó mano, porque todavía no había llegado su hora». (Jn 8, 20)

Al no acoger la luz, sus oyentes permanecen en las tinieblas. Por ello Jesús añade algo que es una dura advertencia a los que no acogen su palabra, su testimonio. «Si no creéis que *Yo soy*, moriréis en vuestros pecados». (Jn 8, 24) El pecado está en preferir las tinieblas a la luz, en negarse a acoger su testimonio. Y preferir las tinieblas, en la perspectiva del evangelio según san Juan, equivale a «ser del mundo», a caminar hacia la muerte.

Si el pecado es el rechazo de la luz, la vida eterna está en conocer al Dios verdadero y a su enviado, Jesucristo (cf. Jn 17, 3). La muerte está en permanecer en la incredulidad, o lo que es lo mismo, en rechazar la luz. Jesús, puesto que es la luz, no es de este mundo. Lo son aquellos que no lo aceptan en su condición de enviado.

Las deficiencias, errores, fallos y pecados tienen su raíz en el rechazo de la luz, de la verdad que hace libres. Y este rechazo se escenifica bien en la segunda parte del capítulo ocho que nos ocupa. Es curioso, que los seguidores de Jesús, los que habían creído en él, cuando se niegan a acoger sin reservas su palabra de vida y verdad, se convierten en sus detractores más feroces. Así los vemos coger piedras para apedrearlo, de tal forma que Jesús abandona el templo y se esconde. El evangelista comenta: «Entonces cogieron piedras para tirárselas, pero Jesús se escondió y salió del templo» (Jn 8, 59). El evangelista narra así el origen de semejante animadversión:

Dijo Jesús a los judíos que habían creído en él: «Si permanecéis en mi palabra, seréis de verdad discípulos míos; conoceréis la verdad, y la verdad os hará libres». Le replicaron: «Somos linaje de Abrahán y nunca hemos sido esclavos de nadie. ¿Cómo dices tú: “Seréis libres”?». Jesús les contestó: «En verdad, en verdad os digo: todo el que comete pecado es esclavo. El esclavo no se queda en la casa para siempre, el hijo se queda para siempre. Y si el Hijo os hace libres, seréis realmente libres. (Jn 8, 31-36)

Hoy como ayer son muchos que reaccionan también con violencia ante la palabra de Jesús. No aceptan la luz porque ellos se sitúan como los poseedores de la verdad. Si los judíos se aferraban a sus tradiciones religiosas, hoy, en la sociedad secular, muchos son los que rechazan la luz del Evangelio en nombre de ideologías y corrientes fundamentalista, ya sean estas de tipo religioso, laical, humanista, psicológico o progresista. Como los judíos religiosos de antaño se niegan a acoger la luz, pues rechazan que se diga de ellos que son esclavos y enarbolan la bandera de la libertad. La tentación es sutil. Pasemos ahora al

encuentro final entre Jesús, el ciego de nacimiento y los fariseos.

2.3.- Luz y juicio

Jesús salió del Templo, como un día lo abandonó la gloria de Dios, a causa del rechazo de los suyos. El ciego, que recobró la vista por la acción y palabra de Jesús, como sabemos, fue arrojado de la sinagoga, lo que equivalía, en la perspectiva judía, a ser arrojado a las tinieblas. Pero, luego, Jesús salió a su encuentro y lo iluminó en su centro vital, lo hizo creyente y discípulo. La luz de Jesús ilumina al hombre en su totalidad.

Ahora bien, a continuación el evangelista prosigue de forma sorprendente:

«Dijo Jesús: “Para un juicio he venido yo a este mundo: para que los que no ven, vean, y los que ven se queden ciegos». (Jn 9, 39)

Estas palabras enlazan con la afirmación de ser luz en y para este mundo, dominado por las tinieblas; pero es precisamente en ese mundo que Jesús es luz y su presencia cambia la situación. Él ha venido al mundo como luz, para un juicio o discriminación, como indica el término griego. Con ello el evangelista subraya que la luz puede producir un doble efecto: ver o cegar. Todo depende de cómo se sitúa uno ante ella. El ciego se fió de Jesús, se lavó y vio. Luego Jesús va a su encuentro y se hace conocer. El ciego ve y cree. Mc 10, 52 narra cómo otro ciego iluminado por Jesús, le seguía por el camino. Es el modelo del auténtico discípulo, el cual, iluminado por el Señor, le sigue por el camino que conduce a Jerusalén, donde Jesús entrega su vida.

Muy diferente es la reacción de los fariseos, que siguen obcecados en sus ideas y tradiciones. Y así rechazan la luz que les ofrecía la presencia de Jesús. El lenguaje es metafórico: el ver o no ver espiritual. Jesús se sitúa así en la línea de los profetas (Cf. Is 42, 6-7; 49, 6; 6, 9-10; Jn 12, 46; Sal 146, 8; Hch 28, 52ss).

Jesús en los versículos siguientes no condena estrictamente a los fariseos, pero los pone en guardia para que no se cierren sobre ellos mismos con la pretensión de ser videntes y de poseer la luz. Hoy también nos puede suceder a nosotros lo mismo. ¡Cuántas veces nos replegamos sobre nosotros mismos en lugar de ir a la luz! Es el pecado del fariseo, del cumplidor de la ley. Rechaza «los pecados» y cae en «el pecado», es decir, pretender ser luz y juez, suplantando así la luz de la vida, Jesucristo. ¿No estamos todos llamados a convertirnos? Pablo pasó de la economía de la ley a la economía de la gracia. Vivía en la ignorancia, pero cuando le envolvió la luz del Resucitado, del Crucificado exaltado, quedó ciego en un primer momento, para ver luego y abrirse a una nueva perspectiva de vida. El evangelista Juan nos ayuda a entrar en la justa perspectiva con la respuesta que Jesús da a los fariseos, que pretendían ser luz y jueces en el pueblo de la alianza.

Los fariseos que estaban con él oyeron esto y le preguntaron: «¿También nosotros estamos ciegos?». Jesús les contestó: «Si estuvierais ciegos, no tendríais pecado; pero como decís “vemos”, vuestro pecado permanece. (Jn 9, 40-41)

Jesús, la luz del mundo, es el que libera a los hombres de la ignorancia y del pecado. Quien acoge su palabra será iluminado. La verdad lo hará libre. Si permanece en ella no será juzgado, pues participará de la luz de la vida. En cambio el que no vaya a la luz, ya está juzgado, como consta en las palabras de Jesús después del encuentro con Nicodemo, maestro en Israel.

Nadie ha subido al cielo sino el que bajó del cielo, el Hijo del hombre. Lo mismo que Moisés elevó la serpiente en el desierto, así tiene que ser elevado el Hijo del hombre, para que todo el que cree en él tenga vida eterna. Porque tanto amó Dios al mundo, que entregó a su Unigénito, para que todo el que cree en él no perezca, sino que tenga vida eterna. Porque Dios no envió a su Hijo al mundo para juzgar al mundo, sino para que el mundo se salve por él. El que cree en él no será juzgado; el que no cree ya está juzgado, porque no ha creído en el nombre del Unigénito de Dios. Este es el juicio: que la luz vino al mundo, y los hombres prefirieron la tiniebla a la luz, porque sus obras eran malas. Pues todo el que obra el mal detesta la luz, y no se acerca a la luz, para no verse acusado por sus obras. En cambio, el que obra la verdad se acerca a la luz, para que se vea que sus obras están hechas según Dios». (Jn 3, 13-21)

La pugna entre la luz y las tinieblas, conviene meditarlo y no olvidarlo nunca, recorre toda la historia de la humanidad. Dios creó la luz y la separó de las tinieblas. En la ciudad celeste, la victoria de la luz es total, pues ahora la luz es el mismo Dios y el Cordero.

3.- HIJOS DE LA LUZ EN EL MUNDO

Los discípulos de Jesús estamos llamados a ser luz en medio del mundo, en medio de las tinieblas. Jesús es la luz que brilla en medio de las tinieblas. Y la vocación y misión del discípulo, en cuanto está en Cristo, es también la de ser luz para el mundo. He aquí lo que nos dice Jesús y nos recuerdan los apóstoles y evangelistas:

Vosotros sois la luz del mundo. No se puede ocultar una ciudad puesta en lo alto de un monte. Tampoco se enciende una lámpara para meterla debajo del celemín, sino para ponerla en el candelero y que alumbre a todos los de casa. Brille así vuestra luz ante los hombres, para que vean vuestras buenas obras y den gloria a vuestro Padre que está en los cielos. (Mt 5, 14-16)

Jesús les contestó: «Todavía os queda un poco de luz; caminad mientras tenéis luz, antes de que os sorprendan las tinieblas. El que camina en tinieblas no sabe adónde va; mientras hay luz, creed en la luz, para que seáis hijos de la luz». Esto dijo Jesús y se fue y se escondió de ellos. (Jn 12, 33-36)

Que nadie os engañe con argumentos falaces; estas cosas son las que atraen el castigo de Dios sobre los rebeldes. No tengáis parte con ellos. Antes sí erais tinieblas, pero ahora, sois luz por el Señor. Vivid como hijos de la luz, pues toda bondad, justicia y verdad son fruto de la luz. Buscad lo que agrada al Señor, sin tomar parte en las obras estériles de las tinieblas, sino más bien denunciándolas. Pues da vergüenza decir las cosas que ellos hacen a ocultas. Pero, al denunciarlas, la luz las pone al descubierto, y todo lo descubierto es luz. Por eso dice: *Despierta tú que duermes, | levántate de entre los muertos | y Cristo te iluminará.* (Ef 5, 6-14; cf. Is 26, 19; 60, 1ss)

Pero vosotros, hermanos, no vivís en tinieblas, de forma que ese día os sorprenda como un ladrón; porque todos sois hijos de la luz e hijos del día; no somos de la noche ni de las tinieblas. Así, pues, no nos entreguemos al sueño como los demás, sino estemos en vela y vivamos sobriamente. (1Tes 5, 4-6)

Vosotros, en cambio, sois un linaje elegido, un sacerdocio real, una nación santa, un pueblo adquirido por Dios para que anunciéis las proezas del que os llamó de las tinieblas a su luz maravillosa. (1P 2, 9)

Este es el mensaje que hemos oído de él y que os anunciamos: Dios es luz y en él no hay tiniebla alguna. Si decimos que estamos en comunión con él y vivimos en las tinieblas,

mentimos y no obramos la verdad. Pero, si caminamos en la luz, lo mismo que él está en la luz, entonces estamos en comunión unos con otros, y la sangre de su Hijo Jesús nos limpia de todo pecado. (1Jn 1, 5-7)

El Señor nos eligió y llamó para ser «hijos de la luz», para ser luz en el mundo, en lo concreto de la existencia. Pero no lo somos por el mero hecho de hacer cosas en favor de los demás o desarrollar un cierto liderazgo en el mundo. Como acabo de indicar «el pecado» del fariseo consiste en pretende ser luz y juez a partir de la Ley. En efecto, Pablo, el fariseo, se creía ser luz y guardián de las tradiciones religiosas de su pueblo; pero era un perfecto y fanático ignorante, como él mismo confiesa después del encuentro con el Resucitado. Por ello es necesario ahondar en el significado de nuestra vocación y misión de ser luz en el mundo e interrogarnos ¿cómo vivir de verdad como hijos de la luz?

3.1. Tomar conciencia que somos luz en la medida que permanecemos en la luz.

Lo primero de todo es tomar conciencia que no somos luz por nosotros mismos. Es la humildad de quien sabe que por él mismo no puede hacer nada. Somos luz en la medida que nos dejamos poseer realmente por la luz y la verdad, que es Cristo. Y para ello hay que morar y permanecer en la palabra de Dios. El hierro en la medida que permanece en el fuego se vuelve luminoso, irradia calor y se hace moldeable. Cuando deja de estar en el fuego, vuelve a ser opaco, frío y rígido. Así nos sucede a los discípulos. La cualidad de ser luz nos viene del que es la Luz. La oración, la lectio divina, la vida sacramental, el estilo de vida pobre y el contacto cordial con los pobres nos permiten seguir irradiando la luz de Cristo en el mundo. Releamos un texto de los Hechos de los Apóstoles que nos muestra cómo la primera comunidad era luz en medio del mundo.

Y perseveraban en la enseñanza de los apóstoles, en la comunión, en la fracción del pan y en las oraciones. Todo el mundo estaba impresionado y los apóstoles hacían muchos prodigios y signos. Los creyentes vivían todos unidos y tenían todo en común; vendían posesiones y bienes y los repartían entre todos, según la necesidad de cada uno. Con perseverancia acudían a diario al templo con un mismo espíritu, partían el pan en las casas y tomaban el alimento con alegría y sencillez de corazón; alababan a Dios y eran bien vistos de todo el pueblo; y día tras día el Señor iba agregando a los que se iban salvando. (Hch 2, 42-47)

3.2. El Espíritu es el que nos permite irradiar la luz de Cristo.

Pero tienen la mente embotada, pues hasta el día de hoy permanece aquel velo en la lectura del Antiguo Testamento, sin quitarse, porque se elimina en Cristo. Y hasta hoy, cada vez que se lee a Moisés, cae un velo sobre sus corazones; *pero cuando se convierta al Señor, se quitará el velo*. Ahora bien, el Señor es el Espíritu; y donde está el Espíritu del Señor, hay libertad. Mas todos nosotros, con la cara descubierta, reflejamos la gloria del Señor y nos vamos transformando en su imagen con resplandor creciente, por la acción del Espíritu del Señor. (2Cor 3, 14-18)

La bombilla no irradia la luz más que si llega la corriente. Así sucede con nosotros; y cuando digo nosotros, digo la Iglesia. Sin el Espíritu la misión no pasa de ser más que simple propaganda religiosa. El testimonio no pasa de ser ejemplarismo o liderazgo al estilo del mundo. Sin el Espíritu no hay misión, ni comunión fraterna, ni vida nueva, ni alianza nueva. Solo el Espíritu nos puede transformar de forma que irradiemos la gloria del Señor, su luz en el mundo. Quien no ha comprendido esto, quizás se agite mucho, haga propaganda religiosa o proselitismo, pero no llegará a ser verdadera luz para el mundo. Escuchemos un texto muy conocido del metropolitano Ignacio IV (Hazim) de Antioquía.

Sin el **Espíritu Santo:**

Dios está lejos, Cristo queda en el pasado,
el Evangelio es letra muerta,
la Iglesia es una simple organización,
la autoridad un dominio,
la misión propaganda,
el culto una simple evocación
y la conducta cristiana una moral de esclavos.

Pero con el **Espíritu Santo,**

es una unión de fuerzas indisoluble,
el cosmos está agitado
y gime en el alumbramiento del Reino,
el hombre lucha contra la carne,
Cristo resucitado está junto a nosotros,
el Evangelio aparece como poder de vida,
la Iglesia significa comunión trinitaria,
la autoridad se transforma en servicio liberador,
la misión es nuevo Pentecostés,
la liturgia es memorial y anticipación,
el actuar humano queda divinizado".

Esto nos plantea una cuestión decisiva. La docilidad al Espíritu de la verdad, una actitud permanente de discernimiento para hacernos colaboradores del Espíritu, el único que puede hacernos verdaderos testigos de Jesucristo. Ahora bien para abrirse a la luz y acción del Espíritu es necesario un profundo silencio interior, tanto de nuestra razón, como de nuestra voluntad y pasiones. Es la disciplina de quien se deja guiar y conducir por el Espíritu de Dios y no por otros espíritus.

3.3. Reenviar a la verdad que es Cristo.

En medio de los avatares de la vida, conviene interrogarse cómo estamos reenviando a Cristo, pues con mucha frecuencia reenviamos o bien a otros maestros o bien a nuestra propia experiencia. Y esto, como he sugerido, lleva a ser esclavos del pecado; y del pecado en singular. Volvamos a releer este texto fundamental del cuarto evangelio. Los judíos que habían creído en Jesús se situaban ante él a partir de sus convicciones, historia y tradiciones. Por ello no podían acoger la verdad y novedad de la luz, que les ofrecía el camino de la libertad. En la Iglesia estamos llamados a reenviar a Cristo y no a unas verdades, valores y tradiciones, pues podemos quedar prisioneros de ellas. Es la llamada a permanecer en la palabra de Jesús.

Dijo Jesús a los judíos que habían creído en él: «Si permanecéis en mi palabra, seréis de verdad discípulos míos; conoceréis la verdad, y la verdad os hará libres». Le replicaron: «Somos linaje de Abrahán y nunca hemos sido esclavos de nadie. ¿Cómo dices tú: "Seréis libres"?». Jesús les contestó: «En verdad, en verdad os digo: todo el que comete pecado es esclavo. El esclavo no se queda en la casa para siempre, el hijo se queda para siempre. Y si el Hijo os hace libres, seréis realmente libres. Ya sé que sois linaje de Abrahán; sin embargo, tratáis de matarme, porque mi palabra no cala en vosotros. Yo hablo de lo que he visto junto a mi Padre, pero vosotros hacéis lo que le habéis oído a vuestro padre». (Jn 8, 31-38)

3.4. No poner la luz debajo del celemín.

Los Institutos Seculares, por otra parte, estamos llamados y urgidos a reflexionar sobre la advertencia de Jesús de no poner la luz debajo del celemín. Hubo, por parte de algunos, la tendencia de confundir la discreción con el ocultamiento. Ciertamente no se trata de exhibirse, ni

de situarse como ejemplares; pero no se puede ocultar la luz de Cristo que debe irradiar a través de nuestras personas, acción y estilo de vida. Estamos llamados a vivir la consagración en la secularidad. Unidos a Cristo estamos llamados a reflejar su luz por toda nuestra vida, acción, silencio, intercesión y también por la palabra oportuna. El apóstol nos recuerda que debemos dar razón de nuestra esperanza con respeto (cf. 1P 3, 13-16). Y dar razón de nuestra esperanza comporta también la palabra. Y nuestra esperanza, con mayúscula, en medio de las expectativas, luchas, alegrías, tristezas y victorias de nuestro mundo, es Jesucristo la esperanza de la gloria (cf. Col 1, 24-29). No podemos guardar para nosotros el encuentro con el Señor. Como lo hiciera la samaritana, dejemos el cántaro y corramos a comunicar al que nos ha encontrado en el camino. La samaritana no se anuncia a sí misma, sino a Jesucristo y a él conduce a los suyos, a su pueblo. Ha encontrado lo esperado y no guarda para ella el tesoro encontrado, lo comparte con sencillez y alegría.

3.5. Luz a través de nuestra pobreza y resistencia.

Importa mucho, por último, tomar conciencia que somos luz a través de nuestras pobreza y resistencias. Las lámparas dan luz a través de sus resistencias. Es una equivocación, a mi pobre entender, pensar que somos luz en el mundo por nuestras grandezas y perfecciones. Con frecuencia se oye decir: a pesar de mis limitaciones Dios hace su obra. Pero cuando interrogamos la experiencia y vida del apóstol Pablo nos encontramos con otra forma de hablar. Él comprendió la originalidad del misterio de la encarnación y de cómo el Señor elige el camino de la pobreza para llevar adelante la salvación de la humanidad. Pues bien, el apóstol ha comprendido que Dios quiere servirse de nuestra fragilidad e incluso de nuestro pecado para mostrar al mundo que la salvación viene de él y no de nosotros, que el Evangelio no es cosa de hombres, como apostilla el apóstol de las gentes. Releamos para terminar el testimonio de Pablo desde diferentes ángulos de vista.

Doy gracias a Cristo Jesús, Señor nuestro, que me hizo capaz, se fió de mí y me confió este ministerio, a mí, que antes era un blasfemo, un perseguidor y un insolente. Pero Dios tuvo compasión de mí porque no sabía lo que hacía, pues estaba lejos de la fe; sin embargo, la gracia de nuestro Señor sobreabundó en mí junto con la fe y el amor que tienen su fundamento en Cristo Jesús. Es palabra digna de crédito y merecedora de total aceptación que Cristo Jesús vino al mundo para salvar a los pecadores, y yo soy el primero; pero por esto precisamente se compadeció de mí: para que yo fuese el primero en el que Cristo Jesús mostrase toda su paciencia y para que me convirtiera en un modelo de los que han de creer en él y tener vida eterna. Al Rey de los siglos, inmortal, invisible, único Dios, honor y gloria por los siglos de los siglos. Amén. (1Tim 1, 12-17)

Por la grandeza de las revelaciones, y para que no me engría, se me ha dado una espina en la carne: un emisario de Satanás que me abofetea, para que no me engría. Por ello, tres veces le he pedido al Señor que lo apartase de mí y me ha respondido: «Te basta mi gracia: la fuerza se realiza en la debilidad». Así que muy a gusto me glorío de mis debilidades, para que resida en mí la fuerza de Cristo. Por eso vivo contento en medio de las debilidades, los insultos, las privaciones, las persecuciones y las dificultades sufridas por Cristo. Porque cuando soy débil, entonces soy fuerte. (2Cor 12, 7-10)

Pero llevamos este tesoro en vasijas de barro, para que se vea que una fuerza tan extraordinaria es de Dios y no proviene de nosotros. Atribulados en todo, mas no aplastados; apurados, mas no desesperados; perseguidos, pero no abandonados; derribados, mas no aniquilados, llevando siempre y en todas partes en el cuerpo la muerte de Jesús, para que también la vida de Jesús se manifieste en nuestro cuerpo. Pues, mientras vivimos, continuamente nos están entregando a la muerte por causa de Jesús; para que también la vida de Jesús se manifieste en nuestra carne mortal. De este modo, la muerte

actúa en nosotros, y la vida en vosotros. Pero teniendo el mismo espíritu de fe, según lo que está escrito: *Creí, por eso hablé*, también nosotros creemos y por eso hablamos; sabiendo que quien resucitó al Señor Jesús también nos resucitará a nosotros con Jesús y nos presentará con vosotros ante él. Pues todo esto es para vuestro bien, a fin de que cuantos más reciban la gracia, mayor sea el agradecimiento, para gloria de Dios. (2Cor 7-15)

Y si no, fijaos en vuestra asamblea, hermanos: no hay en ella muchos sabios en lo humano, ni muchos poderosos, ni muchos aristócratas; sino que, lo necio del mundo lo ha escogido Dios para humillar a los sabios, y lo débil del mundo lo ha escogido Dios para humillar lo poderoso. Aún más, ha escogido la gente baja del mundo, lo despreciable, lo que no cuenta, para anular a lo que cuenta, de modo que nadie pueda gloriarse en presencia del Señor. A él se debe que vosotros estéis en Cristo Jesús, el cual se ha hecho para nosotros sabiduría de parte de Dios, justicia, santificación y redención. Y así —como está escrito—: *el que se gloríe, que se gloríe en el Señor*. (1Cor 1, 26-31)

Padre de bondad, que por la gracia de la adopción nos has hecho hijos de la luz, concédenos vivir fuera de las tinieblas del error y permanecer siempre en el esplendor de la verdad. (Colecta del XIII domingo del tiempo ordinario)